MELISSA DE LA CRUZ

# Rebelión en la Isla de los Perdidos

UNA NOVELA DE LOS DESCENDIENTES

LIBRO III

LOS DESCENDIENTES

# MELISSA DE LA CRUZ

Basada en *Los descendientes*, escrito por
Josann McGibbon y Sara Parriott
Traducción de Marta García Madera

LIBROS DISNEY

© 2017 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: julio de 2017
ISBN: 978-84-16913-61-9
Depósito legal: B. 11.912-2017
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# capítulo 1

## Una celebración de Áuradon

—Y ahora, por favor, ¡demos la bienvenida a Sebastián y a las Siete Maravillas de los Mares! —dijo contento el presentador, un hombre sirena que flotaba por encima de las olas. Un escenario magnífico con forma de almeja emergió del océano y se abrió despacio hasta mostrar al famoso cangrejo y a una hilera de preciosas sirenas entonar animados una alegre canción. Habían convertido la playa de arena de delante del castillo de Ariel y Eric en un estadio al aire libre y habían colocado gradas por encima del agua. Sentada en la balconada real con Ben y sus amigos, Mal aplaudía con entusiasmo junto al resto del público reunido allí para el inicio del Festival del Reino de los Mares de cada año. Era un día entero dedicado a celebrar la vida del pueblo

de las sirenas. A su lado, Evie tomaba fotos con su móvil junto con Arabella, la sobrina de Ariel, que era una entendida en moda e idolatraba el estilo de Evie. Las dos llevaban el pelo trenzado en «v» y collares con forma de corazón envenenado. Evie incluso había confeccionado el conjunto de Arabella, una blusa lila con un corsé de encaje y una falda de piel gastada.

Evie y Arabella no podían parar de reír.

—¿Qué os hace tanta gracia? —preguntó Mal.

—Mal, ¡hazte una foto con nosotras! —exclamó Evie.

Mal aceptó y sacó la lengua a la cámara. La imagen del móvil las convirtió en tres sirenas de colas verdes y curvadas.

—Yo soy más o menos así cuando nado —dijo Arabella con aprobación.

—¡Guay! —contestó Mal con una sonrisa.

En el escenario, Sebastián caminaba sobre sus pinzas, cantando a pleno pulmón, mientras las sirenas nadaban y salpicaban, ejecutando una coreografía acuática.

—¡No sabía que los crustáceos tuvieran tanto talento! —le susurró Mal a Ben cuando Sebastián llegó a una nota alta. Ben esbozó una amplia sonrisa y le estrechó el brazo para indicarle que estaba de acuerdo.

Estaba tan guapo con su chaqueta y la banda real, y con la corona de oro sobre su pelo color miel. La muchedumbre lo aclamó al verlo sonreír y él los saludó desde el balcón.

—Venga, Mal, salúdalos —la animó.

Ella, indecisa, levantó la mano y saludó también y la multitud volvió a vitorear. Todavía se estaba acostumbrando a su estatus de

novia real y a toda la atención que despertaba. No quería avergonzar a Ben y era muy consciente de lo distinta que era de la novia anterior. Audrey era la personificación de princesa de Áuradon. Se la veía tan dulce y encantadora que los pájaros se le posaban en el dedo. En cambio, Mal era una chica villana de la isla. Evidentemente, una villana reformada, pero estaba claro que los pajarillos no iban a adorarla así, de repente. A diferencia de Audrey, Mal prefería llevar pantalones de cuero que vestidos bonitos. Hasta aquel momento, los habitantes de Áuradon no habían dado muestras de que eso les importara y Mal estaba agradecida de que la aceptaran.

—¿Cómo pueden volar tan alto? —preguntó Carlos, mientras las sirenas se impulsaban hacia arriba siguiendo el ritmo de la música y daban unas vertiginosas volteretas hacia atrás—. Pensaba que eran sirenas, no hadas.

—Saltan, pero no vuelan —dijo Jay con cara de envidia—. Es como hacer *parkour* en el agua.

—Ah, como eso que hacen en las competiciones de Roar —bromeó Carlos—. Ya sabéis, todas esas luchas con espadas, volteretas y demás, o sea, lo que vosotros llamáis «saltar».

—¿Cuándo vuelve a haber pruebas?

—Después del último partido de torneo.

—¡Guay! —exclamó Jay, ajustándose el gorro de lana a la frente.

Mal les pidió a los chicos que se callaran, mientras las sirenas acababan su canción y la almeja volvía a cerrarse y desaparecía debajo del agua. A continuación, presentaron a la orquesta, compuesta por una variedad de criaturas marinas con mucho talento.

Tocaban instrumentos en un acuario del tamaño del escenario, construido expresamente para la ocasión. Era una celebración alegre y deslumbrante. Mal recordaba que, de pequeña, veía el festival (vale, se burlaba) a través de la Red de Noticias de Áuradon, pero aquello no tenía nada que ver con asistir en directo. Era maravilloso observar las escamas resplandecientes de las sirenas o ver a un tiburón asesino tocar las cuerdas de un arpa con su aleta con tanta delicadeza. El Festival del Reino de los Mares era solamente el primero en una «Celebración de Áuradon» anual en la que todos los reinos recibían al rey con un montón de festividades que mostraban su extraordinaria cultura.

De repente, Mal sintió que algo se le movía en el bolsillo. Echó una ojeada. Era el Huevo de Dragón que había encontrado en las Catacumbas de la Perdición hacía solamente unos días. El talismán maligno había sido desactivado, pero unas líneas verdes y finas surcaban su superficie y se estaban multiplicando minuto a minuto.

Mal sabía que era peligroso, pero no podía evitar llevar el Huevo de Dragón siempre consigo. Ben no paraba de recordarle que debía ser destruido, pero ella siempre tenía una excusa para no haber ido todavía a ver al Hada Madrina. Por alguna razón, deseaba quedarse con el huevo un poco más. No había prisa, ¿no? Además, el Huevo de Dragón estaba tan calentito y abrigado en su bolsillo...

—¡Qué bien estar de vuelta! —dijo Mal—. Solamente estuvimos fuera un día, pero es como si hubiéramos permanecido allí abajo, en las catacumbas, mucho tiempo.

Ben asintió.

—Me alegro de que todo se resolviera.

—Gracias a ti —dijo Mal. Ben había aparecido en el último minuto y había conseguido que la aventura acabara bien.

—¡Y a ti! —exclamó él, dándole un toque suave con el codo.

—¡Y a nosotros! —soltaron en broma Carlos, Jay y Evie.

—¡Ya lo creo! ¿Abrazo de grupo? —propuso Mal abriendo los brazos.

—¡Abrazo de grupo! —exclamaron todos a la vez. Los cinco se abrazaron con cariño y Evie incluyó también a Arabella, para que no se sintiera excluida, aunque ella no se hubiera adentrado en las Catacumbas de la Perdición con los demás.

La orquesta terminó su actuación con un crescendo de percusión interpretado por un grupo de mantas raya mientras un orgulloso rey Tritón emergía de entre las olas. Alzó su tridente dorado hacia el cielo y toda la costa formó un lienzo deslumbrante de color, luz y magia. La muchedumbre estaba entusiasmada con el espectáculo. Ben rodeó a Mal con el brazo mientras los fuegos artificiales estallaban a su alrededor. Mal apoyó la cabeza en el pecho de él y se acurrucó en sus brazos, sintiéndose afortunada y contenta, pero también un pelín culpable por el Huevo de Dragón que llevaba escondido en el bolsillo.

Después del espectáculo, la pandilla paseó por las casetas de los expositores para comprar recuerdos del pueblo de las sirenas antes de que empezaran los juegos del Reino de los Mares. Mal y Ben

caminaban cogidos de la mano detrás de sus amigos y se quedaron rezagados mirando un puesto en el que vendían collares de conchas marinas.

—¡Qué bonito! —dijo Mal, cogiendo uno particularmente luminiscente, de color crema pastel pulido y con mucho brillo.

—Son piezas únicas —explicó la sirena del puestecito con una sonrisa—. No hay dos iguales en el mundo.

—¿Quieres uno? —preguntó Ben, buscando su cartera.

Mal sonrió y negó con la cabeza.

—No, es que me gusta mirarlos —respondió, devolviéndole el collar de conchas marinas a la vendedora.

—Además de ser bonito, cada collar contiene un poco de magia del mar —les contó la sirena—. Evidentemente, el más famoso era el dorado de Úrsula. Su poder casi derrotó al de Tritón, pero por suerte ya fue destruido.

La sirena se estremeció al recordarlo.

Mal asintió y cogió a Ben de la mano para ir con el resto del grupo. No quería oír historias de villanos que le echaran a perder el día. Las malvadas acciones de Úrsula todavía ensombrecían el ánimo de la comunidad del Reino de los Mares. Igual que cuando la abuela de Audrey vio que Mal, la hija de la archienemiga de la Bella Durmiente, iba a ir al instituto en Áuradon.

Encontraron a sus amigos delante de un puesto de los famosos helados del Reino de los Mares. Eran unos helados muy curiosos, porque se servían entre dos rebanadas de pan frito. Arabella hacía de guía no oficial y les decía a Evie, Jay y Carlos qué sabores estaban mejor y cuáles había que evitar.

—El plancton está bueno, se parece al pistacho —explicó Arabella, dando golpecitos en el cristal y señalando el helado que estaba más cerca.

—Suena bien, yo me pido éste —dijo Carlos.

Jay se inclinó sobre el mostrador.

—¿Y este otro qué tal está? —preguntó, señalando uno de color oscuro.

—Oh, ése es de anémona. Sabe como a chocolate.

—Genial, entonces quiero éste —dijo Jay señalándoselo con la cabeza al hombre sirena que vendía los helados. Éste cogió un buen trozo, lo colocó entre dos trozos de pan, lo cerró como si fuera una almeja y lo lanzó a la freidora. Después lo pinchó con un palo de polo y se lo dio.

Jay le dio un bocado y sonrió satisfecho.

—¡Vaya! ¿Y cómo hacen para que no se derritan? —preguntó.

—Es magia —contestó Evie—. No, era broma. El pan impide que el calor llegue al helado, como si fuera un escudo. Es pura química.

—¿Cuál quieres, Mal? —preguntó Ben—. Te invito. A ver si lo adivino. ¡Estrella de mar púrpura!

—¡Has acertado! —contestó Mal, apretándole la mano.

—Un estrella de mar púrpura por aquí —dijo Ben sonriendo—. Y otro para mí —le pidió al vendedor.

Mal dio un mordisco. Sabía a lavanda y miel. Estaba delicioso. Evie y Arabella eligieron el sabor ola espumosa, que, según Evie, sabía igual que la vainilla, pero con un poco de sal marina. Después de marcharse del puesto de helados, caminaron despacio en-

tre hileras de puestos abarrotados de gente, admirando esculturas de colores de vidrio de mar y de marfil tallado.

—Hey, ¿qué os parece? —preguntó Carlos, cogiendo una camiseta que proclamaba con orgullo: «Yo estuve en el Festival del Reino de los Mares y sólo me compré esta camiseta».

—Es perfecta —dijo Evie—. Sobre todo porque es blanca y negra.

—¡Pues claro! —exclamó Carlos, echándose la camiseta sobre el hombro.

En el siguiente puestecito vendían CD de canciones de ballenas azules y Carlos cogió unos auriculares para escuchar.

—¿Por qué no lo venderán ya en servicio de *streaming* digital?

—Bueno, ya sabes, las ballenas azules son un poco anticuadas. No les gustan los cambios —explicó Arabella—. Pero tenéis que volver al auditorio acuático para ver el comienzo de la carrera de mariposa de un millón de metros. ¡Los hombres sirena nadan tan deprisa que ni se les ven las aletas! ¡Son como manchas borrosas en el agua!

—¿Y tú no vienes? —preguntó Evie.

—Tengo que saludar a mi familia. Mi abuelo da una recepción bajo el mar —dijo Arabella—. Os veo luego en la carrera sin aletas.

Los juegos del Reino de los Mares eran tan emocionantes como había dicho Arabella. Mal animaba igual que el resto de espectadores, mientras las sirenas demostraban su velocidad y su fuerza

en multitud de carreras y competiciones. A Evie lo que más le gustó fue el baile de aletas sincronizadas, mientras que los chicos disfrutaron de los combates de boxeo submarinos. Se proyectaban en una pantalla, ya que había público que no podía estar debajo del agua, como sí podían hacer las sirenas. La carrera sin aletas estaba a punto de empezar cuando un relámpago atravesó el cielo y empezó a tronar tan fuerte que el eco de los truenos resonó por todo el estadio al aire libre.

Ben alzó la vista con el cejo fruncido hacia el cielo, que se había oscurecido de repente.

—¡Qué raro! Todos los partes del tiempo predecían que hoy haría sol —dijo.

—¿No hace siempre sol en Áuradon? —preguntó Mal.

—Hoy no —contestó Carlos, mientras una feroz tormenta surgida de la nada descargaba sobre sus cabezas.

El cielo se había llenado de nubes negras y la lluvia caía sobre las tiendas y los pintorescos puestos. El público del auditorio estaba empapado. Las sirenas que actuaban volvieron buceando al mar, mientras los demás corrían hacia las salidas.

—¡Vámonos de aquí! —gritó Ben, quitándose la chaqueta para utilizarla para taparse la cabeza—. ¡Seguidme a la limusina!

Corrieron hacia el aparcamiento, donde había un embotellamiento de coches y carruajes, puesto que todo el mundo estaba intentando escapar de la lluvia y marcharse del festival al mismo tiempo. Los cinco se amontonaron en la limusina real. Estaban calados hasta los huesos, temblaban de frío y estaban empapando de agua los asientos de piel.

—¿De dónde ha salido esta tormenta? —preguntó Evie, con el flequillo pegado a la frente—. Hace un segundo el cielo estaba azul.

—¿Dónde está Arabella? —preguntó Carlos.

—Me ha enviado un mensaje de texto. Dice que se va a quedar un poco más en la fiesta de su abuelo y que no la esperemos —contestó Evie, volviendo a mirar el móvil—. Está con su familia.

—Tenemos que ir a casa antes de que esto empeore —dijo Ben.

Mal estaba de acuerdo.

—Sí, vámonos.

Fuera, la lluvia azotaba las ventanas y el viento silbaba con furia, sacudiendo el coche. La exuberante celebración de la vida submarina había acabado, literalmente, pasada por agua.

—Bueno, se acabó el festival —suspiró Jay.

—Qué pena —se lamentó Evie—. Con todo lo que han trabajado para que fuera especial.

Mal no dijo nada. Tenía el Huevo de Dragón en el bolsillo y notaba que palpitaba y que estaba más caliente. ¿Tendría algo que ver con lo que sucedía fuera? Esperaba que no, pero aquella tormenta tan rara la hizo tomar una decisión. En cuanto volvieran al instituto, diría adiós a los talismanes malignos de una vez por todas.